

LOS MADRILES

Revista semanal.

AÑO II

27 de Abril de 1889

NÚMERO 30.

OFICINAS

Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

El Círculo Literario le ha elegido otra vez para que lo presida.

Sánchez Pastor, modesto verdaderamente, no ha podido renunciar á un honor que merecía el ingenioso sainetero, que en un género dramático muy difícil ha vencido siempre.

Al revés de muchos, de casi todos, Sánchez Pastor, que ha ocupado y ocupa en la política elevadas posiciones, no ha olvidado á sus compañeros de letras, entre los que vive con más gusto que entre las gentes políticas, y muchos de los cuales le deben atenciones que no olvidarán nunca.

Al menos aquellos que, como nosotros, pueden hablar por propia experiencia.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

• ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO

UESTRO cariñoso amigo y querido compañero Federico Urrecha abandona desde el próximo número la dirección de este Semanario.

Identificados por completo con su pensamiento y línea de conducta, cúmplenos hacer constar que su decisión no obedece á rozamientos ni disgustos de ningún género.

Comprometido Urrecha en empresas literarias de más alto vuelo, que han de absorber por completo su tiempo y su poderosa actividad, se separa hoy de nuestro lado, privándonos de su valioso concurso, lo cual lamentamos profundamente, en la seguridad de que él también lo siente de veras.

Pero á bien que entre nosotros queda en espíritu, y con la formal promesa de que, siempre que sus trabajos se lo permitan, seguirá honrando con su firma las columnas de este periódico, en el cual, ahora y siempre, tiene reservado lugar preferente, como lo tiene en la leal afectación de los devotísimos amigos que en él deja. Hasta luego, pues, querido Federico.

En el Hospicio de Cádiz se ha construído un teatro para so-laz, recreo é instrucción de los asilados.

Aplaudimos con toda el alma la mejora, y desearíamos tuviera muchos imitadores.



Pero...
«Lisardo, en el mundo hay más.»
Dicho teatro se inauguró la noche del 24 con la representación de varias obras religiosas.

Un niño de ocho años, vestido de majo, se tocó y se cantó varias piezas en la guitarra.

¿Religiosas, también?
¡Se comprende el interés que el niño despertaría y la nueva que esto es!
¡Cantar el Ave María con sombrero calañés!

La Mary Albert es una artista parisién muy guapa, como pueden ustedes convencerse por el retrato que publicamos en otro lugar, á la cual aplaude todas las noches el escogido público que asiste al teatro de la Comedia.

Madame L'archiduc, La fille de madame Angot y Bettina la pavera, encuentran acertada intérprete en la señora condesa D'Assche, que es el título que usa para andar por casa la aplaudida actriz.

Según nuestras noticias, la Mary Albert estima más las excelencias de su voz que las de su título. Y hace perfectamente.

A la Patti nadie la llamó nunca la marquesa de Caux.

Porque en los artistas buenos, de mérito extraordinario, siempre ha sido lo de menos un título mobiliario.

Doa acontecimientos importantes han ocurrido en esta semana. La apertura del Congreso Católico y la reapertura del Juicio oral.]

Esta simultaneidad de espectáculos originará, de seguro, serios conflictos.

¿Dónde acudirá con preferencia la *crème* de nuestras elegantes desocupadas?

¿Dejarán de saborear las emociones fuertes que producen los desplantes de la Higinia y las declaraciones naturalistas de algunos testigos, por oír la elocuente y piadosa plática del sabio arzobispo de Zaragoza?

Parece natural que se encaminen á San Jerónimo y abandonen los pasillos del Palacio de Justicia.



Pero ¡ay! no confiemos mucho; se han pagado estos días á diez duros cada uno los primeros puestos de la célebre *cola*, y con seguridad no ha sido ningún peón de albañil el que se ha permitido este despilfarro.

Medítenlo mucho las aristocráticas aficionadas, y piensen que ha de serias más grato y provechoso oír al obispo de Jaca y al maestro Barbieri, que al señor Rojo Arias ó á D. Vicente Galiana, pongo por caso.

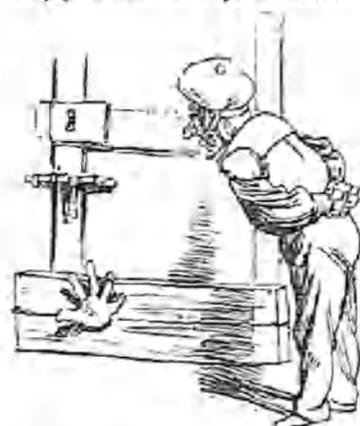
Con que á San Jerónimo.

El proveedor de la leche del Hospital General, en vez de leche de vacas yo no se lo que dará; pero en el *Aguado* había cierta irregularidad, según testimonio de un diputado provincial.
¡Defraudar al pobre enfermo!
¡Qué infamia! ¡No cabe más!
¡Y dicen que es reincidente!
¡Qué aprovechado industrial!
Castigüente fuerte, y duro, pues ha demostrado ya que, al hacer ese negocio, buscando la impunidad, la leche podrá cortarse, pero él, ¡qué se ha de cortar!



Leo y copio:

«En un pueblo inmediato á Miranda, un marinero, para comprobar la infidelidad de su mujer, simuló un viaje á aquella villa, presentándose en su domicilio á la caída de la tarde, cuando menos se le esperaba. Su primer cuidado fué impedir que su mujer saliera ó gritara, y colocar un cepo al lado de la gatera de la puerta, donde acostumbraban dejar la llave. Dos horas después lastimeras quejas denunciaron que alguien había caído en la trampa, y á la mañana siguiente los vecinos contemplaban escandalizados á un individuo revestido de especial carácter, sujeto por la muñeca en el cepo.»



¿Conque estaba revestido de un carácter especial?...
¡Comprendido, comprendido!
Y no me parece mal la decisión del marido.

Se ha descubierto en Puerto Real una defraudación á la Hacienda, importante muchos miles de duros.

Esta noticia es la de todas las semanas.

Mejor dicho; la de todos los días.

Dejándola en la imprenta sin distribuir, podía servir, con ligeras variantes, para todas las *Crónicas*.

A treinta y seis millones de reales asciende el valor de unas conchas, con sus correspondientes perlas en bruto, que van á ser expuestas en el gran certamen de París.

¡Y tan expuestas como van á estar las cochinitas ésas!

Bien es verdad que estarán custodiadas por una guardia de honor.

Si esos guardianes no estuvieran elegidos de antemano, nos streveríamos á proponer nosotros unos *fic*, les custodios de tan exorbitante riqueza.

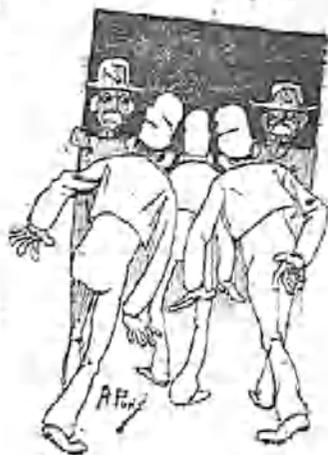
Los defraudadores de Puerto Real, por ejemplo.

U otros de la traca.

Aquí abundan.

¡Pobres perlas! ¡No iba á quedar ni la vitrina!

R. NAVARRO GONZALVO



DESDE EL BOULEVARD

Yo no sé si alguno de mis lectores habrá tenido en su vida un grano en la nariz.

Pero apuesto que todos se figuran la molestia que ocasiona.

Pues bien: los parisienses, de nacimiento ó por *accidens*, como un humilde servidor, á quienes la política nos revienta, llevamos ya unos días de disfrutar la sensación agradable del que ha tenido muchos meses el consabido grano, y por fin se ve libre de él.

¡Ya no oímos casi nunca hablar de él!

En era el general Boulanger, el grano más pesado que se puede soportar.

Una *scié*, que dicen los indígenas de este pueblo.

Pero llevamos unos días de grano, aunque el absceso es más o menos agudo.

Se vuelve á hablar de él á todas horas con motivo de su expulsión de Bruselas.

Porque le han expulsado.

Y lo más gracioso del mundo es la serie de argumentos (dígamoslo así) que los de la *boulangerie* añaden para demostrarnos que al general no le han echado de Bélgica.

—Le han invitado... dicen unos.

—¿A comer?

—A que haga un viaje á Inglaterra.

—No, señor, dicen otros; el viaje ya lo tenía él decidido, porque el hombre parece que tiene azogue. Lo que hay es que el Gobierno belga, al saberlo, le ha invitado (le tienen cariño á esto de la *invitation* los de la *boulangerie*) á que haga la maleta en veinticuatro horas. Y así por el estilo.

La verdad es que al buen hombre, con su caballo negro y sus barbas rubias, me lo han expulsado... con buenas formas; y como es de buen componer, ni siquiera se ofende.

El sistema puede hacer fortuna y ponerse en moda.

Yo, que me tengo por hombre fino y cortés, adoptaré la siguiente fórmula cuando tenga que despedir á la criada:

—Pulana: invito á usted á que coja el baúl y la cuenta y se largue á otra parte con la música.

Y si no acepta la invitación, tendré que cogerla por un brazo y ponerla en la del Rey.

Que es lo que hubiesen hecho en Bélgica con él, si no se va pronto.

Toda esta nueva erupción *boulangierista* ha coincidido con la Semana Santa; y á pesar del gran reclamo nuevamente hecho á favor del general, ha quedado tiempo y espacio para hablar de los sermones del padre Monsabré en Nuestra Señora de París.

Porque aquí, aunque no hay procesiones, ni suspensión de movimiento de carruajes, ni ninguna de las manifestaciones externas de la santidad de estos días que usamos en Madrid, no por eso deja de haber su predicador á la moda.

Y así como el padre Mon atraía las más encopetadas damas de Madrid, aquí es el fraile dominico mencionado, el padre mimado de la *high life* y el *capuchich* y *le dessus du panier*.

El Viernes Santo parecía la puerta de la Catedral la puerta de un teatro en noche de *première*, tal era la afluencia de lujosos trenes y el apiñarse las *mondaines*—y aun algunas *demi-mondaine* de primera magnitud—crujiendo la seda de sus elegantes y discretas *toilettes* propias del caso, para entrar en el templo colándose con lo más florido de los *clubmans*, *sportsmans* y otra porción de *mans* distinguidos.

Dicho sea de paso, el padre Monsabré habla como muchos académicos quisieran poder hacerlo.

Pero esto es lo de menos para el escogido auditorio que llena ba las naves de Nuestra Señora.

Hay que oírle, y se le oye como la música de los conciertos clásicos y los discursos de recepción bajo la cúpula.

Lo más curioso no es esto. Lo grande, el *comble* de estas *soirées* espirituales—porque hay que llamar á las cosas por el aspecto que presentan—es la organización del local.

Á media vara de las puertas de entrada se tropieza con largas barreras de madera que limitan el recinto ocupado por las sillas, y que ocupa sencillamente toda la iglesia.

Estas sillas están divididas en *primeras*, *segundas* y *terceras*, por otras vallas, en las cuales hay entradas con sus correspondientes recaudadores que cobran dos francos por las primeras, un franco por las segundas y quince céntimos por las terceras. Verdad es que desde estas últimas ni se ve ni se oye una palabra.

Para los que no pueden ó no quieren pagar por oír la palabra de Dios, queda un pequeño espacio en el último rincón de la iglesia, entre tinieblas, y donde ni llegan los ecos del sermón, ni los ojos alcanzan á ver la imagen del altar.

Orieto amaha los pobres y arrojaba los mercaderes del templo. Los mercaderes de Nuestra Señora de París hacen pagar muy caro el predicador á la moda y al pobre... ¡que lo parda un rayo!

Mis lectores echarán de menos en esta crónica unas cuantas noticias de la Exposición.

He tratado de economizárselas, porque me preparó á hablarles minuciosamente de todas las maravillas que encierra, y son muchas, desde mi próxima carta.

Con tal objeto me paso todos los días dos ó tres horas en medio de aquellas gigantescas obras, exponiéndome á que me caiga un madero sobre los sesos, lo cual sentiría mucho, y saliendo de allí de todos los colores del iris á fuerza de tropezar con puertas á medio pintar, paredes recién blanqueadas y armaduras á medio armar.

Entretanto, adelantaré algunas noticias sobre las fiestas de inauguración, que se verificarán los días 5 y 6 de Mayo.

El 5 tendremos en Versalles revista militar, discursos, presidente de la República á todo pasto y *grands eaux*, que una señora francesa que se las da de saber bien el español, traducía ayer como *aguas mayores*.

El día 6 abriremos la Exposición con muchos cañonzos, muchos discursos, mucha música y presidente de la República á discreción.

Por la noche iluminaciones por todas partes, derroche de luz eléctrica, gas, petróleo y sebo en algunos sitios.

Fiesta de noche en la Exposición, que terminará con la iluminación completa de la torre Eiffel con luces de bengala.

Conque los que piensen venir, que se den prisa.

Y á los que se queden por ahí, procuraremos contárselo todo.

Porque, hablando en serio, esta Exposición es sin duda la más artística, la más atractiva que se ha realizado hasta ahora.

Es un verdadero poema de la inteligencia y el trabajo.

¡Ah! Y del dinero... que no deben ustedes olvidar, porque hay donde gastarlo.

Lo que siento es que me coge sin él.

Por no perder la costumbre.

BLASCO.

París 25 de Abril de 1889.

¡CRÍA CUERVOS!...

I

Mi querido Nicanor:
Por tu insistencia quizá ya se ha enterado mamá de que me haces el amor.
¡Y si vieras de qué modo tan atroz me ha regañado!... Con decirte que he llorado, creo que te digo todo.
Como está en observación, ve que pasas, y se queja, diciendo que no me deja que salga más al balcón; y ya puedes suponer que si desde hoy no me asomo, quiero que me digas cómo nos podremos entender.

Por huir toda sospecha, he inventado yo un pretexto, y parece que con esto se ha quedado satisfecha.
Le he dicho que no te quiero, y que ya sabe la gente que tú pasas solamente por la chica del tercero; para lo cual es preciso que si te vea paseando, tú disimules mirando con frecuencia al otro piso.
Será un sacrificio; pero ya comprendes mis razones. Mira mucho á los balcones de la chica del tercero; y de este modo se evita el que mi mamá se entere.

¡Adiós! Ya sabes te quiero mucho, mucho tú —Rosita.
II
Mi querido Nicanor:
¡Lo que yo me estoy riendo al ver que sigues haciendo tu papel, que es un primor! Mamá está tan confiada la infeliz, que me descuida. ¡Cómo que está convencida de que no tenemos nada!
Ya no piensa en tí jamás, y yo me río después al mirar lo fácil que es engañar á las mamás.
¡No sospechal... ¡Pobrecita! Sigue así por nuestro amor,

y no olvides, Nicanor, que te adora tú—Rosita.
III
«¿Eres un pillo, un grosero que abusa de mis lecciones? ¿Conque tienes relaciones con la chica del tercero? Me tienes desesperada y ya no te quiero, no. ¡La culpa la tengo yo por haberte dicho nada! ¿Has querido darme un tonto? Pues te lo voy á decir: ¡Yo también, para fingir, me solé por novio á mi primo!»
FRANCO IBAÑEZ.



À PROPOSITO DEL CRIMEN



—Si la cosa está clara! Harte tú cuenta que eres la Higinia...
 —Eso es, y vienes tú y me regalas un mantón, que por cierto me está haciendo mucha falta.



—Lo que no ha pensado naide es que eso sea un suicidio.
 —¿Y quemaría?
 —Otro suicidio. Dos suicidios.

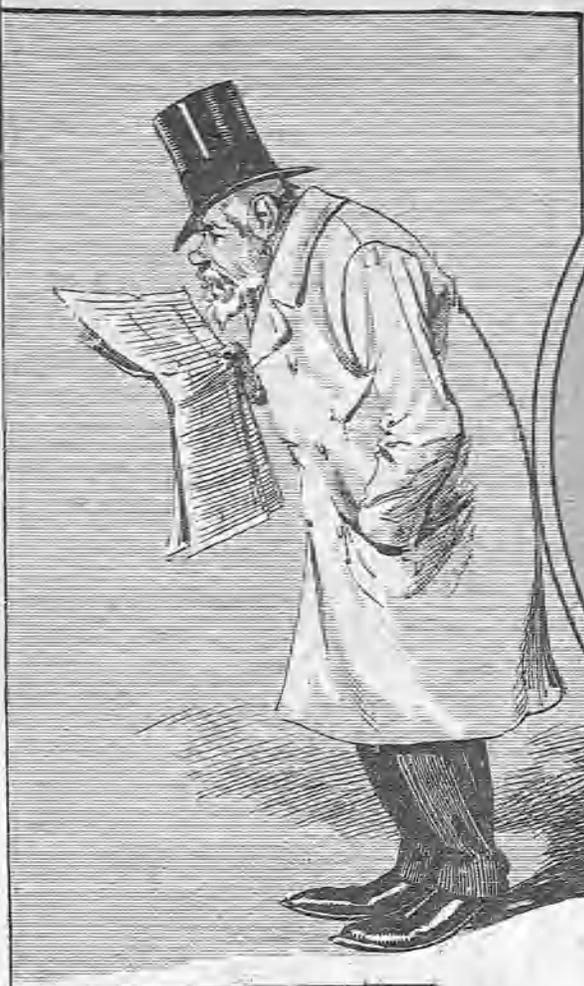


—Porque si usted es la difunta, por ejemplo, y vienen dos mujeres á matarla, ¿qué hace usted?
 —Pues si ya estoy difunta, nada; estarme como quien se ha muerto.



—¿Cómo haría yo para ruborizarme cuando dicen esas cosas en el juicio?

FUENCARRAL STREET



—¡Qué bien habla este *sensato!*
¡Cuán lógico y razonable!
Tiene razón; el culpable,
si es que lo hay, es el *Chato*.



—¡Válgame Dios, qué mujer!
¡Qué bombo, qué exhibición!
¡Cómo llama la atención
esta Higinia Balaguer!



—«Quiero que conste igualmente
lo que afirmó ese Querencia...»
—¡Eso es una impertinencia!
—¡Ya lo dijo el presidente!



—Hasta *El Eco de la Moda*,
un periódico formal,
habla ya del crimen de
la calle de Fuencarral!

IMPRESIONES TEATRALES



URO por mis grandes átosos, que diría un traductor de folletines, que no sé por quién empezar hoy, si por Mariano Fernández, por Lagartijo, por Mary Albert ó por William Parish, *premier dressneur* y *great manager* de su Circo.

La afición me obliga á hablar en primer lugar de Rafael I; la galantería, de la Albert; la prehistoria, de Mariano Fernández, y el *puff*, de Parish.

Quememos, pues, nuestro granito de facienso en el ara de William.

He ahí (ó aquí, donde sea *habido*) un hombre extraordinario. Sin más recursos que los otros empresarios, sin añadir un céntimo al presupuesto diario, sin pedir subvención al Gobierno ó á la Sociedad de carreras de caballos, que sería más justo, ha conseguido este honorable inglés que las funciones de su Circo sean las mejores entre las más escogidas de todos los circos del planeta.

Y que esto no es un reclamo, va á verse en seguida.

Tomen ustedes nota, copiando *l'affiche* de cada día, de lo que se dice en él de domingo á domingo:

Los lunes: Función *monstruo*.

Martes: *Grand fashionable soirée*.

Miércoles: Función *extraordinaria*.

Jueves: *Excepcional soirée*...

Viernes: Otra vez la *fashionable* del martes.

Sábado: *Gran función cómica*.

Domingo, para descansar: Dos funciones *monstruos*, tarde y noche.

Veán ustedes cómo, con sólo añadir unas cuantas letras, consigue el buen Parish que no haya una sola función en su Circo que no sea de órdago.

Y cuenta que aún no ha agotado los adjetivos utilizables; que en cuanto se entera de que en castellano viene bien lo *estipitoso*, *deshumbrante*, *esplendente*, *maravilloso*, etc., lo lleva al cartel y... *enfoncé* Barnum.

Y ¡claro! con aquellos anzuelos va el respetable público al Circo una vez, se preocupa con pensar qué diablo les escarabseará por dentro á aquellos *clowns* fúnebres, qué apuros no pasarán aquellas *écuyères* deslucidas y flacas, sale tático... y no vuelve aunque le meta Parish el espejo para alondras de los adjetivos.

Pero él sigue poniéndolos con entereza digna de mejor suerte, y...

*Así viven felices
el cura de Alcañiz y el de Alcañices.*

Pues por mi parte, como dijo el gitano, *manque le ajoguen*.

Recomiendo vivamente al público lector y pagano que no deje de ir á ver hacer á Mariano Fernández el *Garabito* de *La redoma encantada*.

Si aquel viejo que allí habla, gesticula y se mueve es Mariano Fernández, que lo dudo.

No es paradoja: creo firmemente que Mariano Fernández ha muerto hace mucho tiempo, y que alguien, enamorado de la excelente hoja de servicios del difunto, explota su nombre, finge temblor de manos y arrugas del rostro, y se gana aplausos y dinero haciéndonos creer que á los setenta y cinco años, que hoy tendría Mariano Fernández, se puede salir á escena, y bailar y correr como si fuera un muchacho de veinte.

Si aquel fuera Mariano Fernández, ¡qué gloria para nosotros! El centenario Chevreul, yendo todos los días *en coche* á inspeccionar las obras del Campo de Marte, sería un niño de teta comparado con nuestro *héroe*, porque ya se puede apostar algo á que Chevreul no hubiera hecho *La redoma encantada* veinte años atrás.

Con que, sigo dudando de que sea Mariano Fernández el graciosísimo *Garabito*.

Pero... hay que convenir en que, si no lo es, se le parece mucho, porque ¡sigue metiendo *morcillas* como si lo fuera

En que Mary Albert es guapa, todos están conformes.

Lo están asimismo en otro punto: en el de que canta bien, frasea con intención y acciona con desenvoltura.

Cierto es que el público (hay muy raras excepciones) no entiende una palabra de lo que dicen la Mary Albert y sus compañeros; pero esto es lo de menos.

¡Cuidado si entona esto de ir á la Comedia!

—¿Qué tal *Le petit duc*?

—¡Oh, amigo mío! *Le petit duc* ¡el pequeño duque, que dicen los españoles! ¡Un asombro, amigo mío!

Es seguro que quien habla de ello como si estuviese en el secreto, está de *Le petit duc* tan al tanto de la obra como aquel que la arregló al español titulándola, con estupefacción general, *El duquesito*, así, con c.

Estas compañías extranjeras nos proporcionan la ventaja de que nuestros más distinguidos majaderos se familiaricen con los idiomas bárbaros.

El año pasado era un prodigio el vestíbulo de la Comedia.

—*Carissimol come va?* decía cualquier acbuche con traje limpio.

—*Tante grazie, vado benone*, contestaba otro de la misma vitola.

—*Ai veduto á Novelli!*

—*Ieri sera: é veramente un uomo meraviglioso*, etc.

Ahora se arrancan los chicos en francés:

—*O quel plaisir! C'est vraiment un artiste pleine de chic, ravissant et bécarre*.

—*L'as tu entendue dans LA MASCOTTE, mon cher?*

—¡Ah! ¡oh! etc.

Vaya, que sólo por esto se puede desear que Mario nos traiga todas las primaveras algo de allá.



MRS. MARY ALBERT

Me he alargado mucho, como dice el *Secretario de los amantes*, método para escribir cartas de amor, y apenas queda sitio para Rafael I.

Copiaré solamente la oración para los devotos aficionados, aprobada por la congregación de ritos de la merquita cordobesa, y que aquellos deban rezar antes de la corrida:

«Divino maestro de Córdoba, Rafael, primero entre todos los Rafaeles que manejan estoque y muleta, mira por nosotros pecadores, y con tu infinita sabiduría haz que los picadores piquen, y los peones no recorten. Pon de tu parte lo mucho que sabes, y no permitas que te gane el sorullo delante de los toros inciertos, empapándolos como es debido, y arrancándote sin dar el paso atrás. *Amén.*»

dos palabras por mi cuenta, antes de retirarme modestamente y en definitiva de esta sección y de esta Revista, que seguiré queriendo como á las niñas de mis ojos, y sobre la que fervorosamente imploro la protección de Abraham.

A cuantos se han dignado enviarme su aplauso, que sinceramente creo no merecer, mi gratitud toda y la expresión más viva de mi simpatía.

A los que, favoreciéndome igual que aquéllos, han tenido la bondad de hacerme indicaciones que he procurado seguir en la dirección de este periódico, el testimonio de mi consideración y el deseo de que continúen viendo en LOS MADRILES, no ésta mi modestísima personalidad, sino la entidad que, conmigo y sin mí, ha de seguir procurando ajustarse á sus deseos y ganar su nunca bastante agradecido afecto.

Y ahora, no *adiós*, sino *hasta luego*.

FEDERICO ORRUCHA

VIVIR... MORIR

Si vivir es demorar el momento de partir al reino del bienestar, quiero morir;

mas si la muerte al llegar impide al alma sentir y no te puedo adorar, quiero vivir.

Paris, 11 d'Avril 88.

ANTONIO GALLARDO.



El Doctor Rameau.



Jorge Ohnet.

Los tres médicos se miraron con ansiedad; agitáronse como esforzándose en salir de las tinieblas, entre las cuales se perdían; suspiraron y guardaron silencio. Su fisonomía era lúgubre. Confesábanse impotentes, y ante el colega y el amigo cuya hija padecía un mal que no sabían precisar, y que á cada hora empeoraba, sentían cierta vergüenza. Dejar morir á un enfermo vulgar, pase; pero la hija única del doctor Rameau! Era una prueba de incapacidad que debía recasar sobre toda la facultad. Y así estaban sentados ante la mesa, absortos, sinie-tros, con sus trajes negros, que parecían la librea del médico que lleva siempre un luto actual ó futuro.

—La enfermedad se les escapa á ustedes, dijo entonces Talvanne, porque reside en el pensamiento. Están ustedes enfrente de una afección profunda producida por una conmoción moral, por un sobrecogimiento violento...

Dió algunos pasos hacia la ventana, volvióse hacia su amigo, plantóse delante de él, y cambiando de tono, dijo:

—Yo sé lo que necesita nuestra enferma, y lo que la curaría mejor que todos sus remedios...

Se detuvo, y mirando fijamente á Rameau:

—Tu presencia.

—No; no voy.

Y transcurrieron las horas; oyó dar las doce. A su alrededor el silencio era completo. Ya no corrían coches por la calle; ni un ruido; la soledad era absoluta. Parecía que se había dado una orden para que ante él estuviese el peso libre, si quería salir. Abrió la ventana; su frente ardía. La luna, pálida y pura, plateaba los maticos del jardín. Un ruiseñor empezó á vocalizar en las lilas, y los gorjeos del amoroso alado ofrecían un contraste tan violento con la tristeza sepulcral que rodeaba á Rameau, que á éste le pareció que el pájaro cantaba sobre una tumba. No quiso oírle más, y cerró la ventana.

Dudando todavía, empezó á andar, atraído por el deseo de salir. De pronto, bruscamente, salió. Siguió en la oscuridad al corredor, subió la escalera, llegó al piso superior, entró sin hacer ruido en el salón, y vió la puerta del cuarto entreabierta como la víspera. Oyó rumor de voces; se acercó. Había un hombre sentado en un sillón, cerca de la lámpara; pero no era Roberto, sino Talvanne. El alienista, fatigado por las vigili-as y las emociones, no había podido resistir al cansancio, y se había dormido. Las palabras oídas, las pronunciaba la enferma en su incurable delirio, quejándose siempre, y cada vez más adelgazada, más lívida, más devorada por la fiebre.

Rameau entró en el cuarto, de puntillas, como un ladrón. Llegó hasta la cama, y de pie, cerca de la niña, se atrevió á mirarla. Aparecieronle terribles los estragos de la enfermedad, delatando una debilidad profunda, presagiando una próxima catástrofe. Los ojos de la tierna criatura estaban cerrados; no vió su color azul, que le recordaban al infame amigo. Sus cabellos rubios estaban anegados en la sombra y no vió su tono de oro, que gritaba adulterio. No distinguió más que la boca contraída, cuyos labios, entre dos besos, le habían dicho tantas ternezas; no vió más que las pobres manecitas agitadas con febril temblor, aquellas manos aterrorizadas que pasaban tan delicio-

samente por su barba blanca. Aquella frente pálida tentaba á sus labios; hubiese querido besarla como otras veces. Y sin embargo, le causaba horror.

Retorciose las manos con angustia. ¡Oh! ¡Qué suplicio, qué maldición! No poder caer de rodillas ante aquel lecho de muerte, no tener el derecho de rodearla con sus brazos como una barrera viva para detener el paso de la muerte. ¡Oh! ¡Los miserables habían empozoñado su corazón manchando su pensamiento, destruido todas sus creencias y abierto aquel abismo de vergüenza entre él y la niña adorada! Subió una ola de cólera hasta los labios de Rameau, y allí, ante su hija moribunda, mal-dijo á los dos culpables por su infamia.

De pronto se estremeció hasta el fondo de las entrañas. Se había dejado oír una voz que decía con inexplicable acento de alegría:

—¡Ah, papá! ¡Eres tú! ¡Al fin!...

Trastornado, Rameau quiso dar un paso hacia atrás, pero la trémula manecita le había cogido y la sentía arder en sus brazos. Vió la mirada de Adriana fija en la suya, pero no podía discernir si los ojos de la joven eran azules; los velaban las lágrimas. Trató de desprenderse, pero de nuevo sonó la voz más conmovedora.

—¡Oh, papá! Te lo ruego... No me dejes.

Detúvose, inmóvil, reprimido; los oídos le zumbaban; sus piernas se doblegaban á impulsos de la emoción. Dejose oír nuevamente la voz, pero más débil, y le pareció á Rameau que era la de Adriana muy pequeña, cuando era todavía su hija y la velaba durante sus primeras enfermedades.

—¡Ah, papá! Estoy muy mala, muy mala. Y ni el padrino, ni Roberto, ni tus amigos, pueden nada... Tú... ¡Ah! Si tú me amases como antes...

Apoyóse en el codo, y con expresión desgarradora, continuó: —Sin embargo, no quisiera dejarnos... Quisiera vivir. ¡Oh, papá! Tú, que siempre has salvado á tus enfermos, ¿vas á dejar morir á tu hija?

Al oír estas palabras, el pecho henchido de pena de Rameau estalló en sollozos; cayó á los pies de la cama, como una encina abatida por el rayo, y llorando con las solas lágrimas buenas que brotaron de sus ojos desde que sufría tanto, estrechó á su hija sobre su pecho, con caricias locas, balbuceando:

—No, no, mi niña, mi bien, mi única adoración en el mundo; no morirás. Vivirás para consolarme, para amarme.

La joven dijo muy suavemente:

—¡Ah! ¡Ahora eres tú! ¡Te he vuelto á encontrar! ¡Eres tú! Ahora no hay que dejarme dormir, porque tengo pesadillas en que me parece que me rechazan y que me amenazan...

—No tengas ya ningún temor... Dormirás para curarte mejor.

Estaba de pie, erguido; con su alta estatura parecía desafiar á la muerte, tal como aparecía á la cabecera de los enfermos, como un salvador. Adriana le sonreía. Dormiría, como si una voluntad soberana lo hubiese ordenado á su enfermedad, reposaba.

El doctor la contempló un instante con embriaguez profunda. Luego, al volverse, se halló con Talvanne que le miraba. Rameau levantó un dedo como para imponerle silencio. Entonces el alienista se acercó á su amigo, y, cogiéndole, le abrazó con todas sus fuerzas. Los dos hombres permanecieron un rato enfrente uno de otro, con las manos juntas y el semblante iluminado por la alegría.

JORGE OHNET

MENUDENCIAS

En este número verán los lectores un trozo de *El doctor Rameau*, la última novela de Ohnet, que hoy se pone á la venta en casa de Fernando Fe.

Debemos á la galantería del editor el permiso de reproducción de dicho trozo y del retrato de Ohnet, y justo es consignarlo así.

Conste á los efectos oportunos.

Y conste también nuestro deseo de que se venda pronto el libro. Que sí se venderá.

Pobre España! (Memorias de un jefe de zona.)

Es esta la segunda edición de un libro del notable escritor D. Juan J. Lapoullide.

El libro tiene mucho, pero mucho y bueno, que leer. Precio: una peseta.

Biblioteca Utit.—España, páginas de su historia, por D. M. R. Macías.

Un precioso tomo, á real. Eugenio Sobrino, editor.

Un busto albacea. Novela, por el maestro de escribir bien, don Antonio Sánchez Pérez.

Perdone el Sr. Sánchez Pérez si no le dedicamos un par de columnas.

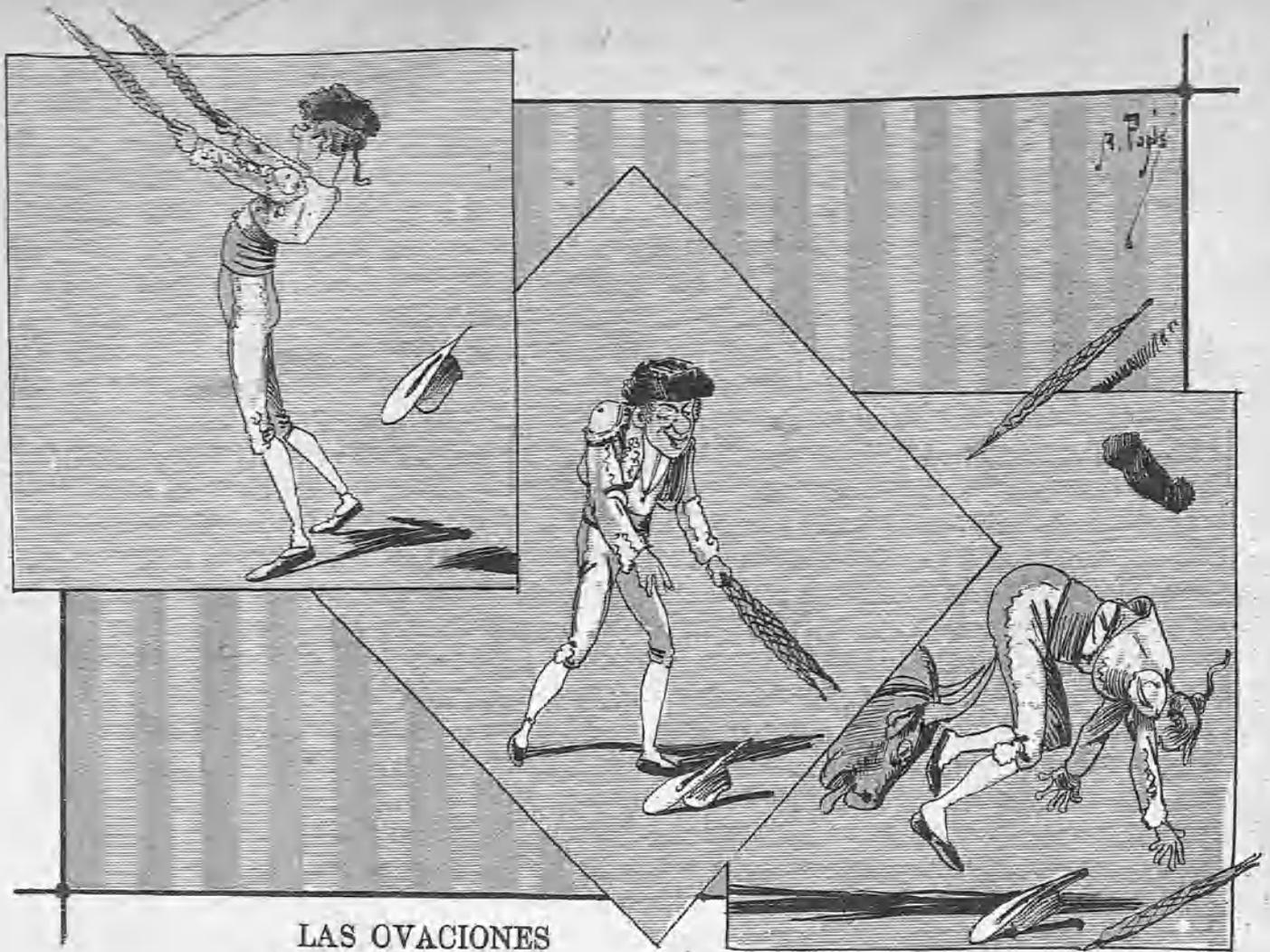
Leído este nuevo libro suyo, no se nos ocurre decir en poco espacio más que esto: Bueno, **buenisimo**, **óptimo**.

Me dejó cortar este dedo (el mullique izquierdo) si *Un busto albacea* no se agota antes de un mes.

Y si me equivoco ¡ya no hay gusto en Israel!

Los chicos en grande, jugueta de los Sres. Criado y Cocat, estrenado con gran éxito en el teatro Martín.





LAS OVACIONES

ANUNCIOS RECOMENDADOS

LIBRERÍA
DE
ORTEGA Y VÁZQUEZ
Primera de Santo Domingo, 12,
MÉXICO
Agentes en la República mexicana
para la suscripción y venta de
Los Madriles.

PARÍS EN AMÉRICA
Quincalla, librería y novedades
DE
PACIFICO Y LEOPOLDO MARVEZ
VALENCIA (Venezuela.)
Agentes para la suscripción y venta de
Los Madriles.

MENSAJERÍA DE LA PRENSA ESPAÑOLA
EN LISBOA
Director-fundador: JULIÁN SAPETTI
Rua Nova do Almada, 53.
Agente en Portugal para la venta y
suscripción de
Los Madriles.

Obras de venta en la Administra-
ción de **LOS MADRILES:**
LUIS DE ANSORENA
COSAS DE AYER
Poema en dos partes.
Precio: una peseta.

JOSÉ VELARDE
TOROS Y CHIMBORAZOS
Libro de actualidad.
Precio: una peseta.

GÓMEZ DE AMPUERO
¡CON VERLO BASTA!
NOVELA FESTIVA
Un tomo con ilustraciones y cubierta
en colores,
UNA PESETA

¡SÓLO PARA HOMBRES!
CUENTOS ILUSTRADOS
Se han publicado 12 tomos, que se
venden sueltos á
UNA PESETA

LIBRERÍA
DE LA
VIUDA DE POZO, É HIJOS
Obispo, 55, Habana.
Agentes en Cuba para la suscripción y
venta de
Los Madriles.

LIBRERÍA Y PAPELERÍA
DE
FRANCISCO ARROYO
Sarandí, 236, MONTEVIDEO.
Agente en el Uruguay para la suscri-
ción y venta de
Los Madriles.

LIBRAIRIE
DE
MARCELIN LACOSTE
Place de la Comédie, 8, Bordeaux.
Agente pour les abonnements et ven-
te de
Los Madriles.

DOCTOR MONROY
DENTISTA
Corredera de San Pablo, 21, principal
Contiguo al teatro de Lara.